

NEA\_Writers Corner\_original excerpt

*El gato de sí mismo*, Uriel Quesada (Editorial Costa Rica, 2005)

excerpt (pp. 20-22)

For NEA Writers' Corner

Sin embargo, como todo monumento histórico, ahora Versalles está cerrado al público. En su interior, guiados por curadores extranjeros, trabajan los obreros en reparación de bajareque, la caña y la madera. Algún restaurador, de rodillas en el jardín, busca con paciencia y ahínco entre la maleza fragmentos de lo que fuera el estanque. En él la Reina Madre ciaba pececitos rojos con una dieta de avena, y sembraba lirios para que reposaran, se escondieran de vergüenza y quizás, si los peces aman, se amaran también. La Reina Madre, por supuesto, jamás habló de tales cosas. Ella simplemente alimentaba a sus criaturas, dejando a la naturaleza seguir su curso sin apresurar lo que debía ocurrir por sí mismo.

Seguro que los arquitectos discuten el rescate de la estructura, los curadores dedican semanas a evaluar el estado de muebles y otras obras de arte, cada experto prepara un diagnóstico. ¿Pero quién les escucha si en Versalles no hay rey? Es cierto: Su Majestad aún duerme y come allí. Nadie le ha cortado la cabeza tampoco, pero ya no tiene los pensamientos en su lugar. Hace unos días lo asaltaron y quedó loco. Por eso Dios me envió. Me detengo frente a la magnífica puerta de maderas exóticas, aprieto la aldaba y salto como cuando niño porque no suenan campanitas ni dindones, sino un alarido que confunde hasta a los marineros que trabajan en el puerto a cientos de leguas de Versalles.

Espero en posición de saludo. ¡Ya deben venir los pajes, el mayordomo y el maestro de ceremonias a preparar una alfombra roja para que el príncipe Germán Germanóvich, quien acaba de arribar en coche de oro de San Josesburgo ponga su pie en tejido noble, no en tierra plebeya! ¡Ya extienden la alfombra bordada con hilo de oro y piedras preciosas que durante años las hilanderas reales han trabajado en espera de mi regreso! Excepto el Rey, ningún ser humano puede pisarla, so pena de quedar cojo y que su pie cercenado sea expuesto cerca de los barracones del fondo, donde duermen los más humildes y rebeldes de los servidores de palacio.

Veo acercarse una sombra por la ventanita de acrílico que desciende a un lado de la puerta de palacio. Veo moverse el ojo mágico y sé que el centinela me descubre y manda a un niño con la buena nueva: ¡Albricias! ¡Vuelve triunfante Germán Germanóvich luego de salvar a la fe de las garras del pagano musulmán! ¡Salgan músicos y saltimbanquis! ¡Saquen el vino de los odres y sacrifiquen a los animales de carne más tierna en honor de Germán Germanóvich! Oigo resentirse los goznes de siete siglos de antigüedad, tan desacostumbrados están al movimiento. Me quiere abatir un olor insultante a muerto viejo, pero resisto como debe hacerlo todo soldado. Entonces se asoma a la puerta una figura femenina. No se retira como corresponde a las de su condición, ni siquiera se postra mostrando humildad.

“Germitán”, dice es figura luciferina. Tiene meas de seiscientos años y se viste de dama de alta alcurnia, con tocados altísimos y visteidos de cuatro faldas y canesú. “¡Pudo venir, gracias a Dios! ¡Cuánto lo dudé!”

Debo perdonarle su atrevimiento de creerse una igual, al fin y al cabo ha permanecido en la familia por varias generaciones. Ella ayudó a la Reina Madre a parir y le puso colorete en las mejillas a la hora de amortajarla. Se hizo cargo del príncipe Alberto y de mí, por lo que nunca nos faltó camisa blanca para la escuela ni alguien a quien odiar como progenitora. Ella ha estado junto a Su Majestad el Rey hasta en los momentos peores, conoce bien mi historia de abdicación al trono y, aunque siempre me critique y lleve chismes a la prensa, sabe que abdiqué por amor. Donde otros tienen el corazón ella no tiene nada, pero yo sé que usa ese vacío para quererme un poquito.